

John McNerney, *Wealth of Persons* (2016). Eugene (Oregon): Cascade Books. 380 páginas.¹

“Siempre existe una forma presupuesta de ver la vida y una comprensión de la persona humana. Por lo tanto, la filosofía y la economía no son ‘compañeros poco comunes’ como lo sugeriría la opinión popular”.

—John McNerney, *Wealth of Persons* (La riqueza de las personas)

“La reorientación de la economía hacia el ‘sujeto humano’ no tiene por qué terminar en el ‘individualismo metodológico’, sino que en realidad nos empuja a recuperar una ‘visión antropológica y relacional’ de la vida económica. Por lo tanto, la economía puede tener un realismo al respecto que sea útil para cualquier filosofía basada en *lo que es*”.

—John McNerney, *Wealth of Persons* (La riqueza de las personas)

Hombres de todas las épocas han analizado la relación entre el hombre y esta Tierra. La fabricación y la comercialización de bienes han estado con nosotros a lo largo de la historia. Se les llama economistas a los hombres que intentan explicar lo que hacemos y lo que debemos hacer para transformar en bienes útiles los recursos que el planeta nos da. Se dice que la economía se trata de la asignación de bienes escasos. El origen griego de la palabra significa casa, u hogar, y, por ende, todas las cosas necesarias para prosperar en este hogar. En última instancia, su significado se amplió para incluir todas las cosas necesarias, deseadas o imaginadas por los hombres para la plenitud de sus vidas humanas. Aristóteles sostuvo que lo que es exclusivamente humano comienza solo cuando se cumple básicamente el problema económico. Sin embargo, la vida material del hombre es buena y parte de su mismo ser, sobre la cual tiene una responsabilidad propia.

Sin embargo, antes de que pueda hacer otra cosa, el hombre debe mantenerse con vida. De hecho, él necesita prosperar antes de que pueda lograr mucho más. Las cosas más elevadas para el hombre comienzan con las cosas más humildes de la vida cotidiana. El hombre es diferente de los animales, Aristóteles también nos lo enseñó. La naturaleza no lo dotó de instinto, garras y pieles. El hombre cuenta con las manos y la razón, con las cuales se debe proveer a sí mismo en virtud de su propio genio y de sus propias acciones. No todo se le da desde el principio; si así lo fuera, sería difícil para él hacer cualquier otra cosa por sí mismo. Evidentemente, el hombre fue creado con una tarea que cumplir. Esto es por

su propio bien y el de los demás. Si él quiere algo, debe descubrir cómo hacerlo y ponerlo a disposición de los demás.

Si analizamos la historia del pensamiento económico, queda claro que está sucediendo algo bastante inusual. Muchos desastres políticos y sociales han sido el resultado de una mala economía. La mayoría de las “malas” teorías económicas han sido postuladas para corregir una teoría o situación económica previamente deficiente. John Maynard Keynes es famoso, entre otras cosas, por haber señalado que alguien que cree que no tiene presuposiciones económicas descubrirá, al analizarlo, que realmente está siguiendo a algún escritor poco conocido que vivió varios siglos antes que él.

El libro del Padre John McNerney, *Wealth of Persons: Economics with a Human Face* (2016) (La riqueza de las personas: La economía con rostro humano), lleva un título claramente derivado de lo que se considera el primer texto “moderno” de economía, *La riqueza de las naciones* (1776) de Adam Smith. La figura clave en el libro de McNerney no es Adam Smith, aunque se le reconoce. Más bien, el libro de McNerney sigue el desarrollo gradual de la disciplina de la economía. Está claramente influenciado, entre filósofos, por Bernard Lonergan, Karol Wojtyła, Eric Voegelin y David Walsh. Su orientación tomista básica buscaba primero establecer claramente los argumentos en todos los aspectos de algún tema, luego explicar lo que era bueno y lo que faltaba en la teoría. Con este excelente libro (junto con *Love & Economics* (Amor y economía) de Jennifer Roback Morse y *Redeeming Economics* (Redimiendo la economía) de John Mueller, podemos llegar a comprender muy bien la historia económica.

McNerney es un sacerdote irlandés, bastante conocedor de las teorías económicas continentales, y, además, está familiarizado con los escritores estadounidenses. La economía es una disciplina que se encuentra dentro de una antropología completa de lo que significa ser un ser humano. Para entenderlo, debemos recordar lo que han contribuido Platón, Aristóteles, los romanos, los medievales, los escolásticos españoles, los escoceses, los alemanes, los franceses, los ingleses, los italianos y muchos otros. McNerney cita de manera articulada a todos los que forman parte de la historia de la economía, incluidos algunos que no solemos estudiar. Si se presenta un tema central en su libro, es que el problema económico no puede entenderse aislado del problema humano; no obstante este libro no niega de ninguna manera la autonomía relativa de la economía. De hecho, reconoce que la comprensión sobre cómo resolver las cuestiones económicas lleva a un mayor

entendimiento del problema humano en sí, cómo entenderlo y, de hecho, cómo enfrentarlo en su propia esfera.

McNerney es un analista perspicaz de lo que en definitiva causa riqueza. Reconoce que, aunque muchos lo hacen, no se puede hablar de la pobreza sin hablar de cómo se crea la riqueza. La riqueza y la abundancia no son originadas por la tierra, el trabajo, el capital, los beneficios ni el interés, aunque cada uno de estos pertenece a la totalidad de la disciplina; son producidas nada menos que por la mente y la voluntad humana; son motivadas por la capacidad del hombre para innovar, para ser un emprendedor a cambio de las actividades y productos ininterrumpidos de otros. Es decir, la riqueza es motivada y propagada por la acción humana. Sin este ímpetu humano, no existiría ni la economía ni la riqueza.

Lo que también se presupone y se debe expresar es que es bueno que los seres humanos existan precisamente como seres humanos en esta Tierra. Si creemos que todo está determinado o que Dios hace todo aislado de la causalidad secundaria humana, nunca comprenderemos la economía ni la naturaleza humana. En tales suposiciones, nunca seremos nada más que pobres. La creación de un bienestar abundante para los seres humanos es una buena cosa en sí misma, aunque diversos vicios humanos puedan abusar de tales bienes. La respuesta al vicio no es hacer que todos sean pobres, sino promover la virtud. Los seres humanos producen su propio bienestar por sí mismos. Su propio Creador espera esto de ellos. Deben aprender a hacerlo desde cero. De esto se trata la historia de la economía. La creación de riqueza es un proyecto corporativo de la humanidad que depende de iniciativas individuales. La economía no tiene una realidad sustancial separada de las personas humanas reales que actúan en relación una con otra.

El primer requisito, aunque podría ser el último en ser identificado, es una comprensión adecuada de lo que la persona que actúa trata con sus acciones económicas. Aprendemos esto no solo de la economía. McNerney encuentra un lugar para las consecuencias económicas de acciones que no son simplemente económicas: cosas como el autosacrificio y el obsequio, cosas que son más que económicas, pero que tienen consecuencias económicas. El lugar de la economía en la comprensión filosófica general del hombre es una de las claves para resolver el problema económico de la producción y la distribución de bienes, un tema desarrollado por Mueller en *Redeeming Economics*. El libro *Love & Economics* de Roback Morris trata brillantemente la pregunta: “¿Por qué el economista clásico, basándose en sus propios supuestos sobre

el interés personal, no comprende a la familia?”. Dentro de una familia, el tipo de intercambio y ambiente que ocurre, y que debería ocurrir dentro de ella, no está basado únicamente en maximizar el interés propio. El libro *Wealth of Persons* revela/resalta las verdades que nos recuerdan que tenemos, especialmente en la familia, pero no solo allí, acciones que nacen del amor, la generosidad, el sacrificio y el don.

El padre McNerney se detiene en la segunda visión de Adam Smith (la primera es el espíritu emprendedor), es decir, la de la destrucción creativa. Esta es una frase paradójica que enfatiza la verdad de que, si se quieren mejorar muchas cosas, otras deben desaparecer. Esta desaparición es en sí misma parte del proceso económico. Esta es la razón por la cual tenemos concesionarios de automóviles usados, chatarrerías, subastas, mercados de pulgas, tiendas de segunda mano y sociedades de San Vicente de Paúl. Estas últimas entidades tienen en sí mismas un carácter innovador. Es difícil sobreestimar la importancia del concepto de destrucción creativa. Las personas inspiradas en la religión, con su atención principalmente en la preservación y distribución en los sistemas existentes, así como los gobiernos con orientación socialista, a menudo, en nombre de la justicia, preservan sistemas obsoletos. Mantener vivo lo que debería desaparecer minimiza la posibilidad de crecimiento, de empleo y de satisfacción de las necesidades humanas de todos.

La destrucción creativa significa que nuevos productos, métodos o ideas entran libremente en el ciclo del mercado a partir de las innovaciones de otros seres humanos. Es una señal de que lo que se estaba haciendo ya no es rentable. Las ganancias no son un excedente, sino la recompensa por crear algo que funciona. No tenemos que estar limitados por lo que tenemos.

Es bueno para todos, incluso para el viejo emprendedor, que las cosas nuevas entren en los ciclos de intercambio. Estando todos libres de entrar a un mercado ordenado, significa que el cambio constante está teniendo lugar. Este cambio incluye un análisis de los productos existentes y de las necesidades y los deseos humanos. El precio y la compra indican si otras personas reconocen el valor del nuevo producto. En un mercado libre, no tienen que tomar solo lo que se ofrece. El valor es la estimación que le damos a un producto al comprarlo o al no comprarlo. Algunas cosas simplemente no son necesarias o deseadas. Otras cosas necesarias aún no existen. Este enfoque deja el dinamismo del mercado en manos del consumidor, no del gobierno ni del empresario.

En resumen, lo que McNerney relata es el trasfondo metafísico, teológico, epistemológico y ético en el que tiene lugar toda acción económica. El hombre no es simplemente un ser que siempre actúa para maximizar sus propios intereses. El hombre tiene cosas a las que su naturaleza le exige que preste atención. Sería un error para él no hacerlo o no buscar la mejor forma de hacerlo, pero está interesado, es inquisitivo y, en muchos sentidos, es curioso. Él cuida de sí mismo y de quienes lo rodean. Se trata de muchas otras cosas que estando más allá de la necesidad, no obstante, no están más allá de su deseo de la verdad sobre todas las cosas, incluyéndose a sí mismo y los orígenes del mundo en el que se encuentra. Se dice que el interés personal por sí solo es el supuesto sobre el cual se edificó gran parte de la economía clásica, pero era un fundamento débil. Toda acción humana tiene un propósito. No es simplemente una reacción a los deseos inmediatos, sino a toda una vida de cuestionamientos sobre lo que es. Esto último tiene lugar en lo que Aristóteles llama ocio: un ocio que la buena economía, en parte, hace que sea posible.

La diferencia entre acciones virtuosas y no virtuosas permanece y da forma a lo que se produce y cómo se pone a disposición y se utiliza por otros. La virtud y el vicio afectan a la economía, pero no están formalmente constituidos por ella. Debemos reconocer que, por ejemplo, la pornografía y las drogas son industrias innovadoras que generan mucho dinero para las personas inmorales. También en el área de la economía debemos ser responsables de nuestros buenos y malos deseos, así como de nuestras buenas y malas acciones. Toda acción humana existe entre la acción de otros seres humanos. Las interacciones de las personas crean relaciones diferentes entre ellas. Estas relaciones necesitan un orden. El orden es espontáneo, aunque depende de la confianza, la virtud, la ley y la propiedad privada. Es un sistema que reconoce que el crecimiento es necesario para satisfacer las necesidades humanas, no simplemente una redistribución de lo que ya existe.

Este enfoque se enfrenta a los problemas más recientes de las teorías y prácticas de crecimiento nulo que surgen de teorías poblacionales o ecológicas. Es aquí donde la economía muchas veces se encuentra a sí misma como la ciencia más optimista, y, en general, es escéptica de los límites de crecimiento nulo de las teorías poblacionales cuestionables. A McNerney le preocupan menos estos últimos asuntos que entender la integridad del proceso económico y cómo su éxito también depende de cuestiones que no son directamente económicas. En este sentido, reconoce que

la acción humana es personal e intencional. Las personas justifican la realidad. Son seres únicos e irrepetibles, cuya finalización depende de los demás, así como de sus propios conocimientos e iniciativas. Son seres sociales y políticos, tal como dijo Aristóteles.

McNerney también reconoce que toda actividad intencional, incluida la actividad económica, va más allá de sí misma. Cuando se satisfacen algunas necesidades, surgen otras. La felicidad humana incluye tanto la conciencia como la realización de lo que se puede hacer a la luz de un sentido trascendente de que la acción humana va más allá de sí misma. Platón estaba muy consciente de la justicia y la injusticia en los asuntos humanos ordinarios. Sostuvo que no podríamos descansar si pensáramos que nuestros crímenes y abusos no tienen un juicio definitivo. Si analizamos el orden económico en este sentido, nos damos cuenta de que es un lugar de gran importancia. La economía nos deja la sensación de que el no alcanzar una comprensión viable sobre cómo proveer lo que necesitamos y legítimamente queremos, tiene enormes consecuencias para la vida humana. Mantener sistemas económicos o empresas que no funcionan es una de las peores cosas que podemos hacer por el bienestar temporal de la humanidad.

En el último párrafo de este libro esclarecedor, leemos las siguientes líneas: “Cuando lo pensamos, es la realidad de la limitación la que verdaderamente es la fuente y la dinámica que da lugar a los inventos, a la creatividad y a los cambios en la dirección de la acción económica. De modo que podemos aferrarnos al ‘delicado hilo de la trascendencia’ en la actividad económica humana al darnos cuenta de la superioridad de ‘lo que es sobre lo que no es’ “. Estas profundas palabras platónicas nos hacen comprender lo que está en riesgo al no entender adecuadamente la economía. La economía incita al hombre a forjar un mundo que comienza con lo que se le da.

Este mundo no está diseñado para dejarlo simplemente solo, como si los humanos que viven en él fueran de alguna manera contrarios a lo que es la Tierra. La Tierra no es lo que debería ser hasta que el hombre sea lo que debería ser. Separar al hombre de la Tierra, como si su presencia en ella fuera algo malo, es un terrible paso. No resolvemos primero el problema económico y luego pasamos al problema humano. Por el contrario, nos ocupamos del problema humano. De allí surgirá nuestra capacidad y aceptación de la acción humana y su propósito.

Vivimos en un mundo de potencial abundancia, no de escasez, a menos que optemos por no hacer nada o por elegir la forma

incorrecta de desarrollo. Cada vez más personas están abandonando la capacidad de desarrollarse y cuidarse a sí mismas. Sin embargo, con la riqueza con que está dotada la Tierra, riquezas que primero incluyen la mente humana y sus innovaciones, nos damos cuenta de que estas palabras de McNerney son proféticas. Es la “realidad de los límites” la que nos incita a descubrir y crear un mundo que satisfaga las necesidades materiales del hombre. Así, el hombre se vuelve libre para explorar aquellas cosas superiores para las cuales, a fin de cuentas, fue creado. La filosofía y la economía pertenecen juntas, como lo implica McNerney en la primera cita al comienzo de estas reflexiones. Sería extraño pensar que el bienestar del hombre y su comprensión de sí mismo y del mundo son de alguna manera antagónicos, pero podrían serlo. Esta es la razón por la cual la consideración de la verdad es algo propio tanto de la filosofía como de la economía.

McNerney señala, en sus reflexiones sobre la Trinidad y la economía, que la palabra persona ya significa una relación completa con alguien más, como si dijera que no somos nosotros mismos si solo nos ocupamos de nosotros mismos. En la Trinidad, las Personas son diferentes “relaciones”, cuyo ser es *ad alium*. Con los seres humanos, nuestras relaciones con los demás son accidentes oportunos, pero no menos importantes, ya que también estamos relacionados con los demás. La relación con otras personas no constituye un ser sustancial fuera de lo que somos. ¿Este tipo de consideración tiene algo que ver con la economía? McNerney cree que sí, y tiene razón. La “riqueza de las personas” incluye no solo nuestras relaciones productivas y económicas con los demás, sino también la orientación de nuestras mentes hacia lo que es, hacia lo que no somos nosotros, especialmente hacia todas las demás personas, tanto humanas como divinas.

Permítame repetir la última oración de la segunda cita encontrada al comienzo de esta consideración del libro de McNerney: “La economía puede tener un realismo que sea útil para cualquier filosofía basada en lo que es”. El hecho de que haya muchas filosofías, y, por ende, muchas teorías económicas, que no se basan en ese realismo, han provocado el drama de la historia económica. *Wealth of Persons* nos señala que hay al menos una filosofía, y, por lo tanto, una comprensión económica, que de hecho se basa en *lo que es*.

James V. Schall

Notas

- 1 Este artículo se publicó originalmente en la edición de noviembre de 2017 de *New Oxford Review*, se tradujo al español y se reimprime en la *Revista Fe y Libertad* con los permisos correspondientes. Derechos de autor © 2017 *New Oxford Review*, 1069 Kains Ave., Berkeley CA 94706, EE. UU., www.newoxfordreview.org. Traducción de Jessica Paduán.